

**DE RECUERDOS DE PROVINCIA
A CONFLICTO Y ARMONÍAS DE LAS RAZAS EN AMÉRICA:
EL RETRATO DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
Y EL DESTINO DE AMÉRICA**

MERCEDES SERNA ARNAIZ
Universidad de Barcelona

RESUMEN:

El presente ensayo analiza las obras de Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia* y *Conflicto y armonías de las razas en América*, con el fin de estudiar la evolución de sus ideas. Cabría decir que los conceptos que toca – barbarie y civilización, la raza, la herencia o la nación –, desde sus primeras obras hasta las postreras, se irán radicalizando, por influencia, entre otros, del positivismo científico y las ideas de la época. Así, si en *Facundo* o *Recuerdos*, Sarmiento contextualiza la barbarie y la acota a Rosas y sus acólitos y cree que el modelo a seguir es Europa, en *Conflicto*, la barbarie se plantea como una cuestión racial, pasando a ser el modelo a seguir los Estados Unidos.

PALABRAS CLAVES:

Nación. Raza. Identidad. Barbarie. Civilización.

ABSTRACT:

By analysing two works by Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia* and *Conflicto y armonías de las razas en América*, we trace the evolution of the author's ideas over his lifetime. Sarmiento explores the same concepts in both his early and his later work – barbarity and civilization, race, inheritance and nation – but his position became far more radical under the influence of the scientism and positivism in vogue during the latter years of his life. In *Recuerdos*, Sarmiento contextualizes barbarity in the form of Rosas and his followers (despite his predetermined conception of barbarity as an endemic evil that is inherent in the Earth) and believes that the model to follow is Europe; but in *Conflicto* he presents barbarity as a racial question, and the model that he proposes is now the United States.

KEY WORDS:

Nation. Race. Identity. Barbarity. Civilization

Comienzo este ensayo con uno que sobre *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento, escribió Borges, el 2 de diciembre de 1985, en el diario español *El País* y que ha sido reproducido como prólogo en algunas ediciones de las obras sarmientinas.

El ensayo, como tantos otros de Borges, es inteligente, profundo y rezuma, en este caso, admiración por la figura de Sarmiento.

Borges se percata de que al igual que el tiempo modifica los textos, *Recuerdos de provincia* no es, en 1985, lo que fue sesenta años atrás. Como otro “Pierre Menard, autor del Quijote”, la historia no pasa en vano y modifica las interpretaciones de los textos. Así, *Recuerdos de provincia* —expresión de la violencia americana— era, “en presumibles tiempos de paz, un libro exótico, de aventuras, gustoso”, en analogía, dice Borges, al placer de ver una película de cine negro en la que los contrabandistas de alcohol se ametrallaban en la ciudad de Chicago. No hace falta recordar que Borges escribía este artículo, que ahora traigo a la memoria, en la etapa argentina de 1985, tras los trágicos y relativamente recientes acontecimientos ocurridos, por lo que la violencia era aún una realidad y no una construcción literaria o artística.

Señala Borges, al caso: “Tan manso, tan pacífico nos parecía el mundo que jugábamos con feroces anécdotas y deplorábamos el tiempo de lobos, tiempos de espadas” que nos evocaba la *Edda Mayor*, y que habían merecido otras generaciones más venturosas (*El País*, en *Sección de Opinión*, lunes 2 de diciembre de 1985). Borges define *Recuerdos de provincia* como un documento grato, pues todo pasado es irrecuperable, “ya que nadie soñaba que sus rigores pudieran regresar y alcanzarnos algún día”. Y concluye, tristemente, el autor del *Libro de arena*: “El tiempo se encargó de demostrarnos lo contrario”.

Actualmente, el reconocimiento de la figura y las obras de Sarmiento ha ido creciendo con los años y ensayos tan peligrosos como *Conflicto y armonías de las razas en América* han quedado relegados o conscientemente silenciados, en favor de “otro” Sarmiento y de otras obras suyas menos polémicas. El tiempo, no cabe duda, ha jugado en su favor, aunque el Sarmiento de 1850, año de la publicación de *Recuerdos de provincia*, no es el de 1883, año de la publicación de *Conflicto y armonías de las razas en América*.

Entre uno y otro año han ocurrido hechos definitivos y en su mayoría ligados a su carrera pública y política: su incorporación como corresponsal en la guerra contra Rosas, su cargo de diputado, en 1860, en Santa Fe; el de gobernador de San Juan, en 1862; su cargo de ministro plenipotenciario en Chile, Perú y EE. UU., entre 1864 y 1868; su puesto de Presidente de la República Argentina que, a pesar de que le sirvió para llevar a cabo sus ideas, le enfrentó a determinadas insurrecciones; tras su presidencia, su cargo de senador, ministro del interior y superintendente general de escuelas, todo ello entre 1875 y 1881. Entremedio ha ocurrido la definitiva llegada a América del positivismo.

En ambos textos, *Recuerdos* y *Conflicto*, Sarmiento no esconde su aire autoritario, sus juicios categóricos que anulan al lector, su tendencia a la simplificación de

ideas, sus impulsos de “montonero”, su arbitrariedad y su maniqueísmo. Pero la discreción con que expone sus ideas en *Recuerdos* desaparece en *Conflicto*.

El ensayo de Borges es, en este sentido, muy significativo porque es un panegírico o, más bien, una defensa contra las críticas que a lo largo de la vida había recibido Sarmiento, y a sabiendas de la inaceptabilidad de muchas de sus ideas con respecto a la raza o la nación. El título del ensayo borgiano, “Releyendo a Sarmiento”, podría haber sido el de “En su defensa”, haciendo un guiño a una obra de su homenajeado. Borges, al mismo tiempo que va enumerando todas las virtudes y logros de Sarmiento, no esconde y rebate a aquellos intelectuales, como Groussac, Echeverría y tantos otros, que, en su día, vieron encarnada en su figura la propia barbarie (valga la paradoja), por su personalidad ególatra o por “el ímpetu bravío en la conquista de la cultura”.

Sin embargo, y a pesar de los intentos de Borges, hoy están fuera de lugar las ideas que Sarmiento despliega en *Conflicto*, fuera cual fuera la intención del autor. Sarmiento desarrollará en el nombrado ensayo una teoría que aparecía esbozada desde sus inicios, con *Facundo*.

Cabría decir que, en la evolución de las ideas de Sarmiento, los conceptos que toca-el de barbarie, civilización, raza, herencia o nación-, desde sus primeras obras hasta las últimas, se van radicalizando, por influencia, sobre todo, del positivismo cientificista. De esta manera, si en *Facundo* o *Recuerdos*, Sarmiento contextualiza la barbarie y la acota a Rosas y sus acólitos (a pesar de que se conciba, de forma predeterminista, como un mal endémico que nace de la tierra) y cree que el modelo a seguir es Europa; en *Conflicto*, la barbarie se plantea como una cuestión racial, pasando a ser el modelo a seguir los Estados Unidos. Es decir que lo que podría interpretarse, en los años cincuenta, como presunciones vagas de un país, Sarmiento, en los últimos años de su vida, lo amplifica a verdades universales.

Recuerdos es la biografía de un hombre, el autor; *Conflicto* es la historia de la República Argentina.

Recuerdos de provincia

Recuerdos de provincia surge como la respuesta de Sarmiento a los ataques que ha recibido –“infame”, “protervo”, “malvado”– del gobierno de Buenos Aires. Contra la difamación de su nombre, *Recuerdos* se postula como un texto auto propagandístico y con el afán de que su autor sea estimado por los ciudadanos. Vilipendiado, Sarmiento ofrecerá una heroica imagen de sí mismo, dará fe de sus acciones, sin eludir ningún dato, ni ninguna de sus obras, tanto literarias como vitales, en su lucha por la causa.

Exiliado en Chile, desde 1831, Sarmiento se presenta como tal, con el ánimo de congratularse, tanto con los chilenos que marcharon a Argentina, como con los propios argentinos del momento que, por culpa de Rosas, huyeron a Chile.

No obstante, aunque el prólogo de *Recuerdos* lleve por título el de “A mis compatriotas”, subrayará que escribe no solo para éstos, “sus conciudadanos”, “un centenar de personas”, sino también para “los que no quieran juzgarme sin oírme, que eso no es práctica de hombres cultos”. Es decir que Sarmiento pretenderá además, como buen político, conseguir afiliados a su causa.

De todas formas, una característica del escritor argentino es comentar en sus obras la organización, la génesis, el destinatario, la finalidad o proposición y la metodología de las mismas, tal vez porque sabe que la arbitrariedad, la subjetividad, el egotismo, la escasez y la falta de calidad de las fuentes que utiliza o la inexactitud son defectos en los que incurre. Autor, estudioso y crítico literario de sí mismo, así procede en *Facundo*, donde justifica la elección de la biografía y del personaje, el modo de composición o la documentación aportada. En *Recuerdos*, también justifica su tono ególatra y la visión de soberbia que da de sí mismo. La cita de Montaigne con la que introduce su ensayo es una advertencia clara.

En *Facundo*, en *Recuerdos* y en *Conflicto* el autor se propondrá, aunque no sea como primera finalidad, analizar los males que padece la nación, sirviéndose para ello de la geografía, y de su pasado histórico, y, en el caso de *Conflicto*, de la raza o nación. El tono de *Recuerdos*, tanto si se piensa en *Facundo* como en su obra final, es, aun con todo, más moderado. Lógicamente, su carrera política y su puesto al mando del país le darán a Sarmiento confianza suficiente para proponer en *Conflicto* un plan para la República Argentina.

Es evidente que Sarmiento en *Recuerdos* busca adeptos, se comienza a perfilar y presentar como candidato, por lo que incurre en la propia apología. Este aspecto, tan criticado por sus propios contemporáneos como Esteban Echeverría y otros compañeros suyos¹, Borges lo relacionará con una “visión ecuménica”:

¹ “Sólo esa vanidad ha podido inducirle a hacer lo que hombre de pluma cuerdo no ha hecho hasta ahora: a constituirse en apologista infatigable de sí mismo y a publicar con su biografía la de toda la sacra ascendencia. El hombre ha errado el tiro. Pensó conquistar así una posición excepcional, única. Se ha convertido en blanco del ridículo y hazmerreír de todos los hombres sensatos”, expresa Echeverría en carta a Alberdi, de 12 de junio de 1850, quien a su vez califica a *Recuerdos de provincia* como “grueso volumen encomiástico que no dejó dudas de que se ofrecía al país para su futuro representante”. En <http://www.oni.escuelas.edu.ar/olimpi97/literatura-argentina/autores/sarmiento/sarmiento.htm>

Su destino personal lo ve en función de América; en alguna ocasión explícitamente lo afirma: “En mi vida, tan destituida, tan contraída y, sin embargo, tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del Sur agitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por desplegar sus alas y lacerándose a cada tentativa contra los hierros de la jaula”: Esta visión ecuménica no empaña sus visión de los individuos (*El País*, 2 de diciembre de 1985)

Esa “aspiración de un no sé qué elevado y noble” es el retrato que Sarmiento nos ofrece de sí mismo y que Borges lo asocia con una “visión ecuménica” o con una labor mesiánica, difícil de aceptar si pensamos en próceres como José Martí. Bien es cierto que para Sarmiento, la observación de la circunstancia histórica está irremisiblemente ligada a una mirada sobre su propia persona, pero no por ello es un escritor con una visión ecuménica. Ciertamente, Martí, que sí que la tiene, y Sarmiento dedicaron su vida a la construcción de la patria y ambos vieron en la literatura o mejor dicho, en la prosa, una forma, como señala Henríquez Ureña, de servicio público. Uno y otro creyeron en su destino romántico de salvadores de la patria, pero sólo como destino, pues ambos fueron hombres de acción. Alejados del romanticismo ensoñador o nostálgico, Martí y Sarmiento fueron tocados asimismo por el regeneracionismo y el positivismo, o, si se quiere, por un romanticismo de acción, alejado del europeo. Pero las ideas de Sarmiento no poseen una visión ecuménica, por cuanto no parten de un sentido de unidad, ni de igualdad entre los hombres, si no todo lo contrario.

Como explica María M. Caballero Wangüemert, en su *Introducción a “Recuerdos de provincia” de Domingo Faustino Sarmiento*, dicho libro se inscribe en una “trayectoria biográfica, amplificándola y utilizándola en provecho propio: los antepasados son los hombres de la patria que le precedieron y, al recordar su historia, va, poco a poco, tejiendo su propia biografía en la estela que dejaron”.

Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, por su parte, lo describen como un texto pro-teico:

Autoconciencia historicista y providencialismo, afición por las vidas ejemplares, ya como forma didáctico-moral, ya como forma de conocimiento histórico, intención política deliberada, compulsión a vindicarse: es en el juego de una determinación plural donde hay que colocar la operación autobiográfica de *Recuerdos*. La construcción del texto amalgama esas instancias sin disolverlas (Sarlo y Altamirano: 1983, p. 27)

Sarmiento inicia *Recuerdos* con un capítulo dedicado a las palmas, en honor a tres palmeros solitarios que se elevan en la plaza de Armas, de su ciudad natal, San

Juan. Las palmas, simbólicamente, representan la época de la colonización. Sarmiento reúne leyendas en torno a esta época sanjuanina. Historia los años de 1560, con la fundación de Mendoza por Pedro de Castillo. De allí salió Juan Jofré, general que fundó San Juan de la Frontera. Como sucedió tantas otras veces, los españoles, cuenta Sarmiento, oyeron de un indio prisionero que no lejos de allí había tesoros, un “Dorado” cerca, y a su búsqueda se lanzaron, ávidos al recordar el oro extraído a los incas. “¡Valiera más no haber dejado la alegre Andalucía, sus olivares inmensos y sus viñedos!” (Sarmiento: 2001, 26).

Sarmiento recuerda con admiración a los habitantes de este territorio, los huarpes, grandes rastreadores de los que desciende Calíbar. Pero, Sarmiento no solo describe sus costumbres y sus medios de vida –pesca, labranza o ganadería– sino que se queja de que, poseyendo el territorio tantas materias primas –tierras, carbón de piedra o hierro– falte “el genio del hombre, la inteligencia y la libertad”, porque “los blancos se vuelven huarpes, y es ya grande título para la consideración pública saber tirar las bolas, llevar chiripá, o rastrear una mula” (Sarmiento, 2001: 30). Un suelo fértil, privilegiado, que precisa de hombres de afuera que quieran labrarlo, cultivarlo y explotarlo para que dé frutos.

Sarmiento expresa una idea que culminará en su obra *Conflicto* y que es la necesidad de un plan de emigración que provenga de los países que él considera civilizados: “¡Pobre patria mía! ¡Estáis en guerra, por el contrario, para rechazar a las gentes de afuera que acudirán; y arrojáis, además, de tu seno a aquellos de tus hijos que os aconsejan bien!” (Sarmiento: 2001, 30).

Sarmiento dedica largos capítulos a la biografía y los hechos gloriosos de personalidades que trabajaron por la revolución, la educación y el progreso de la patria, como Domingo de Oro o el reformista y educador Gregorio Funes, que educó en la Universidad de Córdoba, en las nuevas ideas, y luchó por la revolución. Dichas biografías se van entretejiendo con la personal y la familiar. Intrahistoria e historia del país, canto general y particular, vida personal y pública se funden y engrandecen en dicho ensayo.

El autor biografará, seguidamente, la vida del obispo de Cuyo, tío suyo, quien le enseñó a leer y, tras este familiar, se eruirá la figura más grande: su madre. Éste es capítulo aparte y en él Sarmiento pone todo el sentimiento. Se trata de una apología en donde el autor rastrea la genealogía de las sublimes ideas morales en las que se crió, gracias a la madre y el ambiente familiar. Sarmiento se nos revela como un ser que cree “firmemente en la transmisión de la aptitud moral por los órganos, en la inyección del espíritu de un hombre en el espíritu de otro por la palabra y el ejemplo” (Sarmiento: 2001, 109).

De manera predeterminista, el autor argentino señalará que la moral “de los pueblos cultos (...) no habría llegado a ser tan perfecta si una partícula del espíritu de Jesucristo, por ejemplo, no se introdujera por la enseñanza y la predicación en cada uno de nosotros para mejorar la naturaleza moral” (Sarmiento: 2001, 109).

Sarmiento cree fuertemente en el factor genético y hereditario y es por ello que aún en un solo haz los destinos de su persona, de su familia, de la patria y América.

El capítulo dedicado a la madre dibuja a un escritor apegado a ciertas tradiciones y ligado fuertemente a la religión y al pasado. El autor cree que la providencia ha ayudado económicamente a salir del paso a su madre, al mismo tiempo que se enorgullece de que ésta practicara una religión liberal.

Pero en este capítulo, Sarmiento se nos aparece, frente a todo pronóstico, como un hombre conservador, pues se queja de que la impiedad del siglo XVIII francés se esté colando en la América del Sur y haya traspasado las puertas de su hogar. Amargamente, recuerda cómo sus hermanas quisieron derrocar las estatuas de los santos que se alzaban en su casa, así como los emblemas religiosos, y cómo las familias vecinas, devotísimas, escondían sus cuadros religiosos. Y exclama:

¡Cuántos tesoros de arte han debido perderse en estas estúpidas profanaciones de que ha sido cómplice la América entera, porque ha habido un año o una época al menos, en que por todas partes empezó a un tiempo el desmonte fatal de aquella vegetación lozana de la pasada gloria artística de España! (Sarmiento: 2001, 124)

Para rematar:

Pero el mal espíritu que reina allí como en todas partes, dejará al diente de las ratas y a las injurias del tiempo expuestos aquellos pobres restos del antiguo gusto por la pintura que formó parte de la nacionalidad española, y que nosotros hemos repudiado por ignorancia, y a fuer de malos españoles, como lo son los que en la Península se han dejado desposeer de uno de sus más claros títulos de gloria (Sarmiento: 2001, 126)

No hay muchos textos en las obras del autor que nos ocupa que destaquen por la hispanofilia. En este caso rara es, además, esa identificación que establece: “a fuer de malos españoles”. Sarmiento se nos presenta en *Recuerdos* como un hombre religioso y, aunque liberal, conservador del pasado (“sugería a mi tío obispo la buena idea de formar una galería de papas”) y continuador de la tradición española. El episodio de la higuera, árbol que simboliza la tradición, arrancado por sus hermanas, es significativo:

La edad madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean, el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar a la edad proveya, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si los hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo (Sarmiento: 2001, 127)

Julio Ramos, al estudiar *Facundo*, observa cómo en Sarmiento operan dos modos contradictorios de representar el pasado; por un lado, como aquello que había que eliminar para modernizarse, y, por otro lado, “la visión de esa voluntad de ruptura como generadora de nuevos conflictos y ansiedades, sobre todo después que la tradición responde violentamente “ (Ramos,1989: 26). Y concluye el estudioso: “la contradicción entre ambas versiones del pasado nunca se resuelve completamente”.

Sarmiento, según Ramos, busca conciliar el proyecto modernizador sin dejar de recuperar, a través de la escritura, el pasado, la voz del pueblo o de la madre, para darle “al discurso de este nuevo saber el “soplo de vida” que no había logrado incorporar el libro europeo” (Ramos: 1989, 27). Esta tesis explicaría la inevitable admiración que en los textos sarmientinos hay por el gaucho, por cierto pasado. Según Ramos, la escritura en Sarmiento transforma “la barbarie americana en el sentido y orden de la civilización” (Ramos: 1989,157). Las voces orales de los gauchos, la barbarie, se civiliza a través de la escritura.

Si *Facundo* cuenta historias de barbarie, *Recuerdos* narra las biografías de hombres civilizados, ejemplos en los que Sarmiento cree que deben mirarse él y “la Historia”. En ambos libros, se biografía el pasado.

Asimismo, este aspecto conservador de la personalidad de Sarmiento tiene que ver, directamente, con el sentimiento amoroso que le inspira su madre. Ésta representa y forma parte de la historia colonial. Así, tras recordar a su padre y recordarse como alumno de la escuela, señalará: “Por mi madre me alcanzaban las vocaciones coloniales; por mi padre se me infiltraban las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria” (Sarmiento: 2001, 135)

Sarmiento, en esta autobiografía personal y pública, recuenta los idiomas aprendidos, así como las lecturas que le marcaron, Villemain, Schlegel, Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, de Tocqueville o Pierre Leroux (Sarmiento: 2001, 147), con el fin de incorporar el espíritu europeo al espíritu americano. “En 1841”, concluye el autor, “ya era un hombre maduro”.

Al hilo de la vida personal, nuestro autor va narrando la pública, la campaña de Mendoza, en la que se ve a sí mismo como un héroe: “pronto siempre a sacrificarme, a morir donde hubiese sido útil, para obtener el más mínimo resultado” (Sarmiento: 2001, 170). Recuenta sus hazañas en las correrías militares, su primer

encarcelamiento en defensa de sus ideas liberales, su emigración a Chile, en 1831, el regreso a su provincia, en 1836, y su segunda prisión; y, de 1840, desde Chile, al pasar desterrado por los baños de Zonda, recuerda cuando escribió bajo un escudo de armas de la república el siguiente lema francés: “*on ne tue point les idées*”.

Sarmiento desgrana su vida de escritor público y entiende que ha tenido que permanecer aislado para no dejarse influir por ideas ajenas; asimismo, destaca las luchas que mantuvo con ciertos diarios chilenos que le zaherían y martirizaban hasta llegar a la reconciliación final: “la prensa, que ha hecho tanto en Chile por el bien público como las autoridades mismas” (Sarmiento: 2001, 180)

Recuerdos finaliza con un recuento de las obras, traducciones, publicaciones periódicas, folletos y biografías del propio autor. Y es que Sarmiento se auto antologa casi siempre, puesto que concibe la historia de su patria ligada a la suya propia.

Previo al sumario final, el autor confesará que, al haber estudiado la situación de Chile, había encontrado, no sin sorpresa, su similitud con toda la América española. Ello le lleva a buscar una tesis que explique el retraso que, en general, padece la América hispana. Sarmiento concluye rememorando lo que él mismo había escrito en 1841, en *El Nacional*, y que es una idea que desarrollará más tarde con contundencia, la de la inferioridad del hispanoamericano y del español frente al norteamericano o el europeo liberal y progresista. Sarmiento se pregunta por qué tras treinta años pasados desde las independencias, América del Sur no ha conseguido alcanzar el progreso existente en Europa y comienza a plantear que una cuestión racial pueda ser la causa:

(...) que los europeos... miran a la raza española condenada a consumirse en guerras intestinas, a mancharse con todo género de delitos ya ofrecer un país despoblado y exhausto, como fácil presa de una colonización europea.

Sarmiento encuentra la solución a la falta de progreso en la emigración europea y en la educación popular.

Cuarenta años más tarde, en *Conflicto*, habiendo pasado, no treinta, sino unos setenta años desde las independencias, seguirá con parecidos planteamientos.

Conflicto y armonías de las razas en América

Conflicto y armonías de las razas en América apareció en Buenos Aires, en 1883, y su segundo volumen se publicó póstumamente². En esta obra de carácter enciclopédico, Sarmiento reproduce muchas de las ideas que aparecían esbozadas en textos

² En el tomo segundo, Sarmiento dirá que *Conflicto* vio la luz en 1883

como *Facundo o Civilización y Barbarie* o en *Argirópolis*³, de 1850, donde animaba a la sajonización de la patria: “Llamos los Estados Unidos de la América del Sur y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes (*Argirópolis*, 1850).

No obstante, el propósito que le mueve ahora es analizar, concretamente, las condiciones de las razas o naciones, tomando un punto de vista comparativo, con la finalidad de proponer una salida política, económica y social para su país.

En el prólogo a *Conflicto*, dedicado a Mrs Horace Mann, Sarmiento recuenta los progresos realizados en su país, lo obtenido después de “sesenta años de vagar en el Desierto” (Sarmiento: 2001a, 14). No siendo una situación mala, al compararla con el progreso europeo, Sarmiento concluye que los argentinos son conscientes de “que se quedan atrás”. Sarmiento reproduce el juicio que sobre “América del Sur” tienen países como Francia, Inglaterra o EE.UU, y que está relacionado con la influencia de las razas. Partiendo de esta idea, que ya se perfilaba en *El Chacho*, aunque de manera esbozada, Sarmiento cita a un funcionario del gobierno de Inglaterra, Mr. MacGregor, que había señalado, ya en 1843, que las repúblicas hispanoamericanas, a pesar de los progresos, “no habían estudiado, y en verdad que no habían podido hacerlo, las condiciones físicas y morales de la raza española en las colonias. De aquí nace el desencanto que sobre el progreso de Sur América y México ha sobrevenido” (Sarmiento: 2001a,15). Fue en San Juan, señala Sarmiento, como lo anuncia *El Chacho*, “donde empecé a fijarme en la influencia de las razas en la América del Sur, y en el espíritu distinto que las caracteriza” (Sarmiento: 2001a,19).

De esta manera, Sarmiento se dispone a cubrir ese vacío y estudiará, a través del método de la filosofía positivista, las condiciones físicas y morales de la raza española, y también las de los indios y los negros de la América hispana. Señala que él va a presentar una nueva historia de la América del Sur, tomando como modelos de referencia la *Nueva historia de la conquista de México*, de Robert Anderson Wilson y la *Historia de la conquista de México*, de Prescott, ambos historiadores norteamericanos.

Sarmiento se plantea que tiene que haber ciertos factores, más allá de los errores de los gobernantes o de ambiciones desenfrenadas, que hagan que toda la América española tome una misma dirección, factores como el conflicto de las razas. Y si en *El Chacho*, Sarmiento reconocía haberse fijado en la influencia de las razas en la América del Sur y en su espíritu diferente, ahora, en *Conflicto*, estudiará el caso

³ En *Argirópolis* o *La capital de los estados confederados del Río de la Plata*, de 1850, Sarmiento arremete contra la colonización española, negadora del progreso y propone para el gobierno de la nación, “atraer rápidamente la emigración europea (...), solicitarla, promoverla, alentarla, hasta que se establezca una corriente natural y espontánea (...)”

como si se tratara de un método científico. Sarmiento se dedicará a elaborar un inventario de razas para que el lector entienda los elementos que componen la sociedad que pretende analizar “y la influencia que hayan de ejercer estas castas en la nueva sociedad que ha de formarse” (Sarmiento: 2001a, 54).

En este sentido, *Conflicto* está marcado por la asunción de la filosofía del positivismo, la cual a su vez está influida por la concepción darwiniana del mundo. Asimismo, le influyen las ideas racistas que descollaban en dicha época y una serie de estudios que contradecían la información que las crónicas de Indias habían ofrecido sobre una América precolombina organizada, “civilizada” e imperial.

De esta manera, publicado *Conflicto*, Sarmiento en sus cartas alegará que las ideas que expone vienen apoyadas por estudiosos como Darwin, Spencer, o libros como *Errores populares sobre los indios americanos*, *Conflicto de razas* o *Historia de la raza negra en América*.

El “conflicto”, palabra que forma parte del título del libro, es un concepto principal de los positivistas o emancipadores. Los “emancipadores mentales” parten de la misma visión pesimista de América: razas en conflicto y realidad ingobernable. El proyecto ilustrado de Bolívar se transformaba en civilizador, llevado a su máxima expresión por el positivismo.

Pero, ¿dónde está el mal?, se preguntaba Bolívar en su lecho de moribundo. En el pasado impuesto por la colonización española. Una colonización que tan sólo ha sido destinada a formar siervos al servicio del imperio. Una España aislada, desde Felipe II, de la modernidad: de esta premisa parten los proyectos civilizadores del chileno José Victorino Lastarria (*Investigación sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, de 1843), del mexicano José María Luis Mora o del propio Domingo Faustino Sarmiento (*Civilización y barbarie*, 1845).

Ya en los prolegómenos de *Conflicto*, Sarmiento se preguntaba, de forma retórica, por el origen de los argentinos, afirmando no ser indios, ni europeos, sino razas diversas y encontradas, sin amalgama posible. Para Juan Bautista Alberdi, solo hay dos razas: europeos e indios, conquistadores y conquistados. En América, todo lo que no es europeo es bárbaro. Es decir que Sarmiento y los positivistas plantearon el tema de la identidad nacional, el esencialismo identitario, en términos raciales.

Sarmiento, en la primera parte de su obra, analiza el cuerpo social que la colonización dejó, formado por la mezcla de dos razas de color con su propia estirpe, “en esta parte del continente únicamente descubierto” (Sarmiento: 2001a, 44). En un intento de dar validez científica a sus ideas racistas y xenófobas, Sarmiento pretenderá realizar un estudio de indagación histórica elaborando una clasificación etnológica de las razas en América. De esta manera, dividirá a las razas del continente

en tres: la indígena, la negra y la mestiza o mezclada. La raza blanca le merece a Sarmiento un capítulo aparte. El estudio particular y pretendidamente racional de cada etnia (los quechuas, los guaraníes, la raza arauco-pampeana, las razas de color diverso o las razas negras) no le sirve a Sarmiento más que para identificarlas de forma homogénea, sin rasgos distintivos, y calificarlas, indistintamente, como razas serviles e inferiores a la blanca. Sarmiento parece simpatizar más por la raza negra que por la india, por ser aquella más entusiasta, apta o predispuesta para el trabajo que ésta. Como señala David Solodkow (Solodkow: 2005), el indio es para Sarmiento la peor de las razas por su propensión al ocio, lo que impide el progreso material, máximo objetivo sarmientino.

De este análisis, Sarmiento deducirá que la barbarie está formada en América por el indígena, el negro, el español y el mestizo que resulta de tan encontradas razas. Razas cuyos defectos se unen para dar lugar al hombre americano, hombre fuera de la civilización, ajeno al progreso.

Según Sarmiento, la causa de la falta de progreso en Hispanoamérica se encuentra, concretamente, en la inferioridad de la raza española, incapacitada para la democracia. Y señala que el hereditario atraso proviene de la Inquisición, que fue la que arruinó a España.

Sarmiento comparte, asimismo, las ideas que aparecen en *Errores populares sobre los indios americanos* (*Some common errors respecting the North American Indians*, de G. Mallery), al negar la veracidad de las crónicas de Indias y de los textos coloniales, en general, sobre las culturas precolombinas. Así, por ejemplo, niega la existencia del emperador Moctezuma, y, en general, de sus reyes, estados, palacios, y critica la estilización que Alonso de Ercilla hiciera de los indígenas Lautaro o Caupolicán. Irónicamente, comentará que Ercilla dio tantas cualidades a los indígenas que “los españoles que leían la Araucanía en las ciudades, les puso miedo el relato, como a los niños los cuentos de brujas, y los reyes de España mandaron cesar el fuego y reconocer a los heroicos araucanos su gloriosa independencia, que conservan hasta hoy, en un Estado enclavado dentro de los límites de Chile” (Sarmiento: 2001a, 46). Y concluye que “una mala poesía, pues, ha bastado para detener la conquista de aquel lado” (Sarmiento: 2001a, 46). Sarmiento comparte, en este sentido, las ideas de la *Nueva historia de México*, donde, su autor, Mrs. Wilson, rehace, a su vez, la historia de Prescott en lo que atañe a la civilización de los indios. Sarmiento descrea, asimismo, de lo que cuenta Prescott en su *Nueva Historia de México*: “y que yo no creía en los encantamientos que creyó Prescott, ni en los versos de Ercilla”.

Pero este planteamiento no es nuevo. Como explica Dorinda Outram, los debates a partir del siglo XVIII se centraron principalmente en tres áreas: la existencia o

inexistencia de una naturaleza humana universal; la posibilidad o imposibilidad de hablar de una historia humana común; y el análisis del valor y de la naturaleza de la civilización (Outram, 1995) ⁴

A mediados del XVIII, el naturalista Leclerc, conde de Buffon, publicaría una serie de obras que pondrían de manifiesto el estado pútrido e inmaduro de la naturaleza del continente americano y la debilidad de las especies que lo habitan. Durante los siglos XVII y XVIII se ensayarán jerarquías culturales e históricas mediante las cuales se pretenderá ordenar el mundo y las relaciones humanas. Los diversos esquemas propuestos tendrían, evidentemente, implicaciones religiosas y políticas muy importantes.

Tales esquemas dieciochescos repercutirán tanto en la valoración negativa que pasarán a tener las crónicas de Indias, por cuanto tenderán a considerarse documentos poco fiables desde un punto de vista positivista, como en el tratamiento que tendrá la naturaleza americana en la literatura de la época o en las nuevas corrientes literarias.

Los informes sobre templos y ciudades majestuosas (piénsese en las descripciones admirativas que Cortés y Bernal Díaz del Castillo hacen de Tenochtitlan, en las del inca Garcilaso sobre el Cuzco o en las de José de Acosta) “ante la ausencia de instrumentos de hierro, escritura y bestias de carga”, decía Raynal, haciéndose eco de De Pauw, “sólo podrían ser el producto de percepciones indisciplinadas y poco filosóficas de los autores españoles” (Cañizares: 2007, 75). Si se hubiera permitido el acceso a Hispanoamérica de observadores filosóficos franceses e ingleses para estudiar sus ruinas, señala Raynal, el pasado de las civilizaciones indígenas no se habría perdido irremediablemente (Cañizares: 2007, 37).

La inferioridad de los salvajes fue legitimada por los naturalistas europeos del siglo XVIII. Asimismo, un grupo de filósofos, historiadores y economistas escoceses contribuyeron a elaborar y difundir un esquema temporal que suponía una dinámica evolutiva. Las diferentes culturas pasaron a organizarse en función de su mayor o menor nivel de desarrollo. Como indica Josep Fontana, David Hume fue el primero en trazar las grandes líneas de este esquema, pero Adam Smith lo comple-

⁴ A partir del siglo XVIII, los europeos (franceses, holandeses o ingleses) intentaron adquirir un conocimiento sistemático acerca de los territorios americanos que no habían podido descubrir ni estudiar, por ser de dominio español. Ello vino reforzado por los choques coloniales habidos con España y por el interés en nuevas disciplinas como la etimología, la anatomía comparada, la filosofía y la historia. Como se sabe, en el siglo XVIII aparecieron tal cantidad de escritos de viajeros y filósofos que dieron lugar a lo que comúnmente se conoce como la literatura de viajes. Este nuevo panorama, unido al deseo de ser contemporáneo y al típico desprecio por las épocas anteriores, propiciará que, en el siglo XVIII, aparezcan una serie de teorías sobre la naturaleza americana y sobre los escritos del descubrimiento de América que hoy nos resultarían insultantes e inconcebibles.

ta con su teoría de los cuatro estadios de la historia humana. Cada sociedad se insertará en un esquema evolutivo. Este modelo permitió reducir el conjunto de la historia a un solo esquema universalmente válido (Fontana: 2000, 122). Sarmiento dirá, siguiendo esta estela, que el “cerebro del español no ha crecido más que en el siglo XIV, antes que comenzase a obrar la Inquisición”. Es de temer, prosigue, “que el pueblo criollo americano en general lo tenga más reducido que los españoles peninsulares a causa de la mezcla con razas que lo tienen conocidamente más pequeño que las razas europeas” (Sarmiento, 2001a: 86 y 89)

Sarmiento hará suyos estos debates que claramente alimentaban la leyenda negra y que habían tomado fuerza en la tradición ilustrada y en la escuela escocesa. Como explica Valentín Alsina, Sarmiento es propenso a los sistemas, actitud cuestionable puesto que “éstos, en las ciencias sociales, en las naturales, no son el mejor medio de arribar al descubrimiento de la verdad, ni al recto examen, ni a la veraz exposición de ellas” (Alsina: 1977, 11).

Asimismo, la tesis de Sarmiento con respecto a la inferioridad de unas razas frente a otras son similares a las del francés Joseph Arthur de Gobineau, al cual no sé si leyó pero la similitud ideológica lo hace posible. En *Conflicto*, Sarmiento señalará “que los que gobernamos hemos alcanzado un nivel de progreso” que no puede ser modificado “por la incorporación en ella (la sociedad) de razas inferiores” (Sarmiento: 2001a, 87)

Sarmiento está absorbiendo un cuerpo extraño, una filosofía que, como señalaría José Martí, en *Nuestra América*, nada tiene que ver con la naturaleza del pueblo americano. Sarmiento hace caso omiso de las características idiosincráticas o culturales de la naturaleza americana, de la propia realidad, y procura implantar un método y una filosofía ajena, un injerto en, cuerpo propio.

Una vez expuesto el “conflicto”, Sarmiento pasará a analizar el otro extremo de América. De esta manera, Sarmiento expondrá teorías análogas a las de Mr. Scott, en *Development of constitutional liberty in the English colonies of America* (1882), sobre la libertad constitucional de las colonias inglesas. Scott estudiaba en el texto citado el origen antiguo de la constitución de 1776, con una copia de hechos históricos exclusivos al género y espíritu del pueblo inglés. Sarmiento entenderá que el actual progreso de los EE.UU., en un análisis histórico, se debe a que “el norteamericano es, pues, el anglosajón, exento de toda mezcla de razas inferiores en energía, que conserva sus tradiciones políticas, sin que se degraden con la adopción de las ineptitudes de raza para el gobierno” (Sarmiento: 2001a, 165). Analizando la historia de los pueblos que conforman América Latina hoy frente a los europeos y norteamericanos, Sarmiento concluirá que los españoles, frente a los puritanos ingleses, no siguieron la ley de Moisés: cohabitaron con los hijos de Moab y de esta transgre-

sión viene la ruina de las colonias españolas (Sarmiento: 2001a, 167). Es decir que la ruina de América Latina proviene del mestizaje, frente a la superioridad de Norteamérica que permaneció sin contaminaciones raciales.

A los factores expuestos, se une la consideración, por parte de Sarmiento, de la inferioridad del coloniaje hispano. Los positivistas argentinos, en general, escribieron sobre un coloniaje realizado por unos españoles que ya estaban fuera de la historia. A ello se suma el salvajismo africano. España, frente a la colonización sajona, trató de evitar cualquier trabajo físico y entregó la tarea de explotar las riquezas de los suelos a los conquistados. Los sajones cultivaron y explotaron la tierra con sus propias manos. El trabajo material, en el caso de las colonias españolas, quedaba bajo manos serviles que no podían tener interés en lo que extraían, pues nunca obtendrían beneficio alguno. El hombre de la colonia vegetaba en la burocracia, no manejó ni el azadón, ni la hoz ni el martillo. El trabajo se convirtió, según los positivistas, en algo degradante.

Y Bilbao señalará:

Nuestro pasado es la España. La España es la Edad Media, La Edad Media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y de la feudalidad. Esclavitud, degradación He aquí el pasado (Zea: 1980, XXI)

Sarmiento entenderá que la civilización yanqui fue la obra del arado y de la cartila, en tanto, a la sudamericana la destruyeron la cruz y España: “Allí se aprendió a leer y trabajar, aquí a holgar y a rezar”. En tanto, “la vieja Inglaterra honra el trabajo, aquí se limitó a vegetar en la burocracia y el parasitismo” (Zea: 1980, 166). El español hizo una raza servil. Bárbaros los negros, los indios y los españoles por su reducida inteligencia.

Sarmiento busca distinguir “nuestra colonización autoritaria, militar, semibárbara y salvaje de aquella otra, libre, espontánea y bajo Cartas (se refiere a la constitución de 1681 de Nueva Inglaterra) que fijan claros principios de gobierno” (Sarmiento, 2001a: 167).

Sarmiento dice coincidir con Scott en la unidad de destinos de ambas Américas, con instituciones libres y republicanas en los dos continentes y en atraer, como indica Scott, “a Pensilvania los emigrantes de todas las naciones y de todos los cultos; alemanes, irlandeses, escoceses, suecos y aun franceses (Sarmiento, 2001a: 241).

En el segundo tomo, publicado póstumamente, Sarmiento analizará, especialmente, la situación de la República Argentina y sus antecedentes históricos, con el fin de demostrar que su grado elevado de cultura, riqueza o población la coloca en la categoría de los pueblos más adelantados de América y que, por tanto, es neces-

rio tomar balance de “nuestra aptitud para el gobierno” para explicar sus progresos y prevenir obstáculos. (Sarmiento: 2001a, II, 17).

Sarmiento, entusiasta de los logros de su país, habiendo analizado, ahora, los elementos que constituyen su sociedad, el mal éxito parcial de sus instituciones republicanas por culpa de la geografía y de la inercia o las deficiencias que padece, pretende guiar el destino futuro de la República Argentina para que siga en marcha el progreso alcanzado. “¿Cuál ha de ser (...) el sello especial de la literatura y de las instituciones de los pueblos que habitan la América del Sur, dado el hecho de que la nación de que se desprendieron sus padres no les ha legado ni instituciones ni letras vivas?” (Sarmiento: 2001a, II, 295) , se pregunta, retóricamente.

Sarmiento es contundente en sus conclusiones: propone la sajonización de Hispanoamérica. Señala que la colonización del Norte de América se distingue de la del “Sur” en que los anglosajos no admitieron a las razas indígenas “ni como socios ni como siervos en su constitución social” (Sarmiento: 2001a, II, 299). “¿En qué se distingue la colonización española? En que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la Edad Media al trasladarse a América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil” (Sarmiento: 2001a, II, 299) “¿Qué le queda a esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra?”, se pregunta. Nivelarse, contesta, “por la nivelación del nivel intelectual y mientras tanto no admitir en el cuerpo electoral si no a los que se suponen capaces de desempeñar sus funciones”. Y concluye:

La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos los Estados Unidos” (Sarmiento: 2001a, II, 303)

Se propone así la deslatinización (muy criticada, entre otros, por José Martí y por José Enrique Rodó) y la sajonización de América Latina

El modelo a seguir, sin embargo, ya no será la Europa del progreso: “Ni la Francia ni la España tenían instituciones de gobierno que llevar a sus colonias, y han perecido los gajos de sí mismas que implantaron momentáneamente (Sarmiento: 2001a, II, 301) Y remata: “Lleguemos a enderezar las vías tortuosas en que la civilización europea vino a extraviarse en las soledades de esta América. Reconozcamos al árbol por sus frutos: son malos, amargos a veces, escasos siempre” (Sarmiento: 2001a, II, 303). Como señala Solodkow, el modelo en *Conflicto* ya no es Europa, como lo era en *Facundo*, si no la Norteamérica de Mrs Horace Mann.

A pesar de cierto liberalismo, Sarmiento y los intelectuales del 37 muestran una preocupación conservadora por lo que respecta al nuevo orden. Del orden teológico al orden positivo, del militarismo al industrialismo, pretenderán formar una clase social y burguesa que haga por estas naciones lo que sus modelos han hecho en Europa y EE.UU. En Argentina surgirá una oligarquía apoyada en ideas liberales y positivistas difundidas por la educación sarmientina y la inmigración propuesta por los civilizadores.

En realidad, la propuesta de Sarmiento reflejaba una opinión bien conocida que confrontaba la América hispana, monárquica, retrógrada, católica a ultranza, y en la que el peso del Estado es determinante y castrador, con la América anglosajona, demócrata, trabajadora, que velaba por la libertad de culto y por el individuo frente al Estado. O también, la Europa decadente, envuelta en continuas guerras intestinas, con sus milenarias monarquías “antidemocráticas”, conservadoras y retardatarias, con la América de los Estados Unidos, joven y democrática. Esta opinión fue compartida por muchos intelectuales del siglo XIX, tan relevantes como Tocqueville⁵.

Bibliografía citada

- ALSINA, Valentín, “Notas a civilización y barbarie”, edición de *Facundo*, Caracas, Ayacucho, 1977.
- CABALLERO WANGÜEMERT, María M., *Introducción a “Recuerdos de provincia” de Domingo Faustino Sarmiento*”, edición digital, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010
- CAÑIZARES ESGUERRA, Jorge, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*, México, FCE., 2007.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, *Fervor de la Argentina*. Antología pesonal, Ediciones del Sol, 1993
- FONTANA, Joseph, *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica, Libro de Bolsillo, 2000
- HALPERIN DONGHI, Tulio, prólogo a D. F. Sarmiento, *Campaña en el ejército grande aliado de Sud América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- OUTRAM, Doriam, *The Enlightenment*. Cambridge, University Press, 1995
- RAMOS, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, F.C. E., Tierra Firme, 1989

⁵ Este estudio se inscribe en el marco del proyecto de investigación, del Ministerio de Ciencia e Investigación, Diccionario histórico de la traducción en Hispanoamérica (Código de referencia FFI2009-13326-C02-01).

- SARMIENTO, Domingo Faustino, *Recuerdos de provincia*, prólogo de Susana Zanetti y Margarita B. Pontieri, Barcelona, la Biblioteca Argentina, Serie clásicos, Editorial Sol, 2001
– *Obras completas. Conflicto y armonías de las razas en América*, volúmenes 37 y 38, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Matanza, 2001a
- SARLO, Beatriz y Altamirano, Carlos, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, 1983
- SOLODKOW, David, “Racismo y nación: conflictos y (des)armonías identitarias en el proyecto nacional sarmientino”, en *Revista Decimonónica*, Volumen 2, número 1, verano, 2005
- ZEA, Leopoldo, *El pensamiento latinoamericano*, edición a cargo de Liliana Jiménez Ramírez, 2003.
–, compilación, prólogo y cronología al *Pensamiento positivista latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980